

HISTORIAS DE TAMMERLANE de Federico Tarántola

presenta...

EL CÍRCULO INFINITO DE LAS GALLINAS LICORERAS

El gran portón de la fábrica de gallinas licoreras se abrió, y por él apareció un gigantesco camión cargado de cientos de gallinas licoreras listas para ser distribuidas en todo Tammerlane.

Las gallinas licoreras eran un invento de Marcelo Giorno, patentado en el año 1903. Según cuenta la leyenda, Marcelo era un zoofílico amante de las gallinas, que cuando estuvo al borde de la muerte, decidió rendirles homenaje inventando un delicioso dulce. Las gallinas licoreras estaban hechas a base de pasta de azúcar, moldeadas con forma de gallinas, y apoyadas sobre una base de pequeño cucurucho. En su interior llevaban un exquisito licor que deleitó a muchas generaciones.

Cerca de la década del '70, las gallinas licoreras perdieron consumidores, y tiempo después, debido a una limitada distribución, se convirtieron en un objeto de culto, recuerdo y melancolía. Recién para mediados de los '90, las gallinas licoreras comenzaron a ganar nuevos adeptos, y fue por eso que la fábrica "Dulces Tammerlane", la relanzó, publicitándola con fuerza, realizando una mejor distribución.

El camión dobló por la calle "Me", y siguió viaje hasta el mayorista de golosinas de la zona norte del Pueblo.

A la media hora, el camión descansó en la puerta de la distribuidora, y sus ocupantes fueron atendidos por Javier Pontré, el dueño del lugar.

Bajaron las cajas de gallinas, se abonó el importe correspondiente, y la distribución continuó su curso.

Javier entró al local cargando las dos cajas con gallinas licoreras.

Se encaminó hasta la góndola, y apoyó las cajas en el piso.

Una década antes, Javier Pontré había sido kiosquero. Hasta que un día vendió cierta golosina, exactamente una caja de caramelos masticables para un niño llamado Toby. Los caramelos estaban fermentados, Toby los comió y murió. De esa forma, los padres del niño le hicieron un juicio a Javier por vender mercadería en mal estado. Pero él no tenía la culpa, sino la empresa que se los había vendido en mal estado. Así que a la vez que Javier sufría el juicio, éste le hizo juicio a la empresa "Golosinas Tammerlane". Los padres de Toby perdieron el juicio con Javier, a su vez que Javier ganó el juicio con la

empresa llevándose una cifra alrededor del millón de pesos. Con el dinero, Javier se compró una gran casa, cerró su kiosco y se convirtió en un exitoso mayorista de la zona norte de Tammerlane.

Cuando Javier apoyó las cajas de gallinas en el suelo, le pidió al cadete Sam, un muchachito de 19 años, que las abra y coloque los paquetes de licoreras en el sector correspondiente.

Sam miró a su jefe, y cuando éste se retiró, sintió que tenía ganas de matarlo. Pero nunca lo iba a hacer. Sam tenía empleo gracias a aquel desgraciado explotador.

Entonces el muchacho terminó de acomodar las cajas de chicle globo, y se dispuso a abrir las dos cajas de gallinas licoreras.

Sam necesitaba el trabajo con urgencia. Para fines de ese año, su perro se había enfermado de cáncer, y debía pagarle una costosa operación. Su perro Tammerlane, era un buen perro. Cuando Sam era chico, Tammerlane lo había rescatado de las aguas del Lago Tammerlane. Resultó que el niño, había caído, y no había nadie alrededor para rescatarlo. Entonces, el perro se lanzó a las frías aguas de invierno, mordió la capucha de la campera de su amo, y lo arrastró a la orilla. Años después, el perro de quince años, estaba en sus últimas y se merecía el mejor de los respetos y atenciones.

Cuando Sam terminó de acomodar el pedido, la Señora Wender, se acercó con su canasto de compras, y descubrió las famosas golosinas.

- Gallinas licoreras! - dijo - Me las pidió mucha gente !

Y la mujer tomó dos paquetes de veinte gallinas cada uno.

Luego pegó la media vuelta y se encaminó hasta la caja para pagar. Ya tenía lo suficiente como para un par de días.

La Señora Wender tenía un kiosco a treinta cuadras del lugar. Le encantaba atenderlo. Lo disfrutaba. Aunque a medida que iban pasando los días, se sentía cada vez más sola. Ella era la única que aportaba dinero para un infeliz matrimonio sin hijos. Su marido había trabajado de seguridad durante algún tiempo en una editorial del pueblo, pero una vez que despidieron, se había dedicado a la bebida, a la vagancia y a la depresión. Fue cuando Wender decidió que era momento de salvar la situación y abrir algún negocio. Y qué mejor que un kiosco, con algunos artículos de limpieza y librería. Con el tiempo, su marido se le transformó en una cruz, y fue ella sola, la que tuvo que acarrear con todo lo que respectaba al local y la casa.

Por esa época, lo único que le quedaba era el diálogo con vecinos y vecinas que venían a comprar al local. Y eso, de alguna forma, le hacía bien.

Entonces la hilera de gente hacia la caja se descongestionó, y la Sra. Wender llegó hasta el mostrador. Apoyó el canasto con los artículos, y le dijo "Buenos días" a Inés Cherquis.

Inés le devolvió el saludo a la clienta.

Inés se había entrado a trabajar en la distribuidora hacía tres meses. Cuando ella solicitó algún puesto, Javier le ofreció el puesto de cajera. E Inés aceptó contenta. Lo que sí, nunca llegó a imaginarse que eso le traería algunos

problemas. Resultaba ser que cada vez que terminaba su horario y se hacía el cierre de caja, cualquier error de dinero, ella misma se tendría que responsabilizarse con su propio bolsillo. En caso que sobrara algo, su jefe simplemente se lo quitaba. Una vez, un mes llegaron a faltar alrededor de 600 pesos, e Inés tuvo que poner dinero de sus ahorros, a cuenta del sueldo que ya le había sido descontado.

- Ciento veintitrés pesos. – le dijo Inés a la señora Wender, y esta abrió el monedero para buscar el dinero.

Lo tomó, alzó la mirada, y cuando estaba a punto de entregárselo, aparecieron inesperadamente dos ladrones por la entrada. Usaban capuchas de tela negra con dos orificios para poder ver.

Ambos hombres tenían las armas en alto, y apuntaban a un lado y a otro. Todo el local se paralizó.

- La plata!! – gritó el primer ladrón, apuntándole con el arma a Inés. – La plata o matamos a todos!!!

Se llamaban Mario y Marcos, habían nacido en los barrios bajos del Pueblo, y eran amigos desde chicos. Sus padres los habían mantenido con lo mínimo indispensable. Por ende, un buen día el hambre y la angustia se convirtió en dolor y violencia. Mario soñaba con hacerse la plata suficiente para comprarse un auto que valiera millones. Mientras que Marcos deseaba conocer y casarse con una prostituta famosa todos los mediodías aparecía por T.V. Desde hacía tiempo se dedicaban al robo a mano armada para sobrevivir, montando la adrenalina de cada atraco.

Mario apuntó con el arma a Inés, y ella le entregó el dinero.

De golpe, entre las góndolas, apareció Javier con una escopeta en alto, y disparó contra Marcos. Los perdigones reventaron el estómago del ladrón.

Mario se dio vuelta y descubrió que su amigo había muerto. De esa manera apuntó hacia Javier, y antes que pudiera volver a disparar, lo mató de tres tiros. Miró a su alrededor, y desesperado disparó otras tantas veces más. Uno de los tiros fue a parar al pecho de Sam. Y Sam murió. Otra de las balas llegó a la cara de la Señora Wender. Inés recibió también un impacto en el pecho y garganta. Ambas mujeres también murieron.

Mario dio la media vuelta, tomó el poco dinero que le faltaba tomar, y salió corriendo a la calle. Llegó hasta el cordón, abrió la puerta de su auto en marcha, subió, pisó el acelerador y salió del lugar.

Dobló en la primera esquina y continuó velozmente. Volvería a la zona donde vivía, abandonarían aquel auto robado, y correría hasta su contar el dinero, y finalmente llorar por Marcos.

Repentinamente, un auto se cruzó en el camino de Marcos, y gracias a una prudente frenada del otro chofer, no chocaron.

El chofer de aquel auto miró con bronca a Mario, gritó, pero el imprudente continuó su camino.

El hombre ya estaba cansado de los autos a alta velocidad.

Peter Lorre había manejado toda su vida, y lentamente estaba descubriendo cómo los tiempos modernos se habían convertido en violentos. Los conductores no eran los mismos de antes. No, señor. Los conductores

modernos corrían hasta chocarte. Peter había sido chofer de colectivo y de taxi, y jamás había chocado a nadie. Cuando abandonó el trabajo, hacía diez años atrás, lo empezaron a embestir con aquellos malditos autos nuevos que parecían naves espaciales. Pero a la larga no se quería preocupar por el tránsito ni por nada, ya que hacía unos meses un disgusto lo había arrastrado a un infarto, y como resultado se había quedado mudo por seis días.

Peter llevó su mano sobre el tablero y tomó una golosina que había comprado hacía un rato. La Gallina Licorera gustaba desde que era chico.

Cuando se detuvo en un semáforo, abrió el envoltorio, y mordió. El licor se derramó en su boca.

Mientras tanto, delante de él pasaba el gigantesco camión transportador de gallinas licoreras.

El conductor del camión llevaba la vista al frente, mientras charlaba con su compañero de reparto acerca de un partido de fútbol del fin de semana pasado. Ambos se dirigían a un distribuidor de golosinas para entregar un pedido de gallinas licoreras.

Un camionero se llamaba Charles y el otro se llamaba Charlos. Ambos se conocían desde hacía cinco años, cuando la empresa de golosinas tomó un nuevo número de personas, tras despedir a otro número de trabajadores. Si bien Charles y Charlos no eran amigos, se llevaban bastante bien como para confiarse algunas anécdotas. Una de las más recordadas fue la historia donde Charlos se había encamado con una prostituta a la que después de un maravilloso sexo anal, descubría que era un travesti. Por su parte, la anécdota más recordada por Charles era acerca de aquella vez que manejando por una ruta en el campo de Tammerlane, se llevó por delante una libélula de dos metros de largo, que pesaba cerca de los ciento cincuenta kilos. La libélula le había destruido el radiador.

Cuando llegaron a destino, Charles y Charlos bajaron del camión, abrieron la puerta, y bajaron el pedido.

El dueño de la distribuidora de golosinas, abonó el importe correspondiente, y los camioneros regresaron al camión.

Fue así que Javier alzó las dos cajas de gallinas licoreras, las llevó al interior de su local, donde Sam las acomodó, Wender las compró, e Inés las facturó.

Rato después, dos ladrones entraron al lugar para asaltarlo. Y todo siguió como siempre, en círculos y círculos.

Y jamás se terminó.

FIN